

ROGELIO ARENAS MONREAL y GABRIELA OLIVARES TORRES, *La voz a ti debida*, México: UABC/Plaza y Valdés, 2001 .

Hubo una época, no muy lejana en la historia de México, en el que el grueso de la población no sabía leer ni escribir. En esa época, la memoria e identidad de las comunidades dependía de la capacidad colectiva de retener la voz de sus antepasados. A través de la cultura oral se ejercía la tarea de mantener y renovar el conocimiento que se tenía tanto de la realidad circundante como de sí mismos. Es decir, el discurso del saber estaba indisolublemente ligado a la voz. Con el paso del tiempo y la llegada de la modernidad y la educación pública, la letra impresa desplazó a la oralidad como *locus* privilegiado del conocimiento y la memoria, y la voz ocupó un lugar secundario, marginal, en el orden cognoscitivo. De tal manera que hoy en día, nuestro acceso al saber se sustenta, principalmente, en la palabra escrita, y la voz cumple una función suplementaria en la transmisión del conocimiento. Y no obstante, la voz sigue ejerciendo una función imprescindible, insustituible, porque abre las puertas a los procesos afectivos, a la espontaneidad emotiva, a comentarios inéditos que las estrategias arduamente razonadas de la escritura suelen suprimir o eludir. Por esta razón, el rescate de la voz es singularmente importante cuando queremos acercarnos al conocimiento de la vida y la obra de un escritor, pues si bien su escritura nos ofrece una imagen calculadamente elaborada del mundo, el registro de su habla nos permite penetrar en el candor de su intimidad, en esa zona franca donde las restricciones arancelarias del ser han bajado la guardia. Y a este puerto libre del espíritu del creador literario es a donde nos transportan Rogelio Arenas Monreal y Gabriela Olivares Torres en su libro, de hermosos título, *La voz a ti debida*, tomado del famoso Libro de Pedro Salinas.

En *La voz a ti debida* se cultiva un tipo de actividad crítica poco atendida por los estudiosos de la literatura en México. Me refiero al arte de la entrevista, paciente y sensible labor que tiene como objetivo recuperar el pensamiento en voz alta, en acción, del intelectual, del artista. Este tipo de trabajo, como he mencionado antes, es poco cultivado. Las razones son diversas. Algunas son de carácter práctico. Es difícil a veces tener acceso a los autores mismos, quienes se hallan dispersos por la geografía nacional, e inclusive internacional, y en ocasiones no están dispuestos a hablar, o lo hacen con ánimo lacónico (como fue en su momento el caso, célebre, de Juan Rulfo). Otro obstáculo, en cierto sentido más formidable, reside en la formación cultural del entrevistador, quien tiene que haber reunido un caudal de conocimientos y lecturas que desgraciadamente no es común en

nuestro medio. Para captar la voz del escritor en una entrevista, hay que haberlo conocido antes a través de sus libros, que por lo general suman varios volúmenes. Luego es menester orientar la entrevista a los puntos neurálgicos que se vislumbran a través de su escritura, tarea harto difícil, pero que Arenas y Olivares libran con tacto y sutil profesionalismo. Es verdad que ha habido otros estudiosos que han intentado realizar este tipo de labor, pero han sido esfuerzos más bien periodísticos, que carecen de la extensión y profundidad que los autores de *La voz a ti debida* le conceden a cada uno de sus entrevistados. Sólo hay un verdadero antecedente, si hubiese que señalar uno, al trabajo de Arenas y Olivares. Me refiero al libro *19 protagonista de la literatura mexicana* de Emmanuel Carballo, texto clave de la historia de la literatura mexicana del siglo xx, que apareció en 1965 y que sigue siendo la base y el modelo a seguir de la entrevista literaria en México. Carballo reunió en esta obra entrevistas con escritores de distantes generaciones, del Ateneo de la Juventud, los autores llamados “colonialistas”, del grupo *Contemporáneos*, y de la llamada generación del 50. Es decir, abarcó la literatura escrita en la primera mitad del siglo xx, e inclusive de la década del sesenta. El trabajo de Rogelio Arenas y Gabriela Olivares, por su parte, viene en buena medida a complementar la labor realizada por Carballo, pues abarca la narrativa producida en los últimos siete u ocho lustros. Ellos también combinan entrevistas con escritores de distintas generaciones, con el añadido, al final de cada conversación, de los datos biobibliográficos de los autores.

El volumen de Arenas y Olivares reúne conversaciones con doce autores claves de la narrativa mexicana actual. Cinco de ellos —Gonzalo Celorio, Carlos Montemayor, Guillermo Samperio, Ignacio Solares y Hernán Lara Zavala— están vinculados directamente o indirectamente con la generación del 68. Otros tres —Margo Glantz, Carlos Blanco Aguinaga y Beatriz Espejo— pertenecen a generaciones anteriores, y los demás —Carmen Bouillosa, Juan Villoro, Daniel Sada, Enrique Serna— conforman una promoción más reciente. Es aleccionador registrar estas divisiones generacionales pues a veces arrojan datos inesperados. Sorprende, por ejemplo, que los allegados a la generación del 68 tengan una vocación unánime por los clásicos greco-latinos y españoles. Y digo que sorprende porque ellos se formaron en la contracultura de los años 60 y son los descendientes directos, si no contemporáneos, de la literatura antiolemne de “la onda”. Sin embargo, abrevan intensamente del pasado, como si el trauma del 68 los hubiera obligado a replegarse en la tierra firme de los titanes de la literatura universal.

Quisiera mencionar brevemente una constante o núcleo organizativo del método de trabajo de Arenas y Olivares. Por un lado, el tema de la

infancia y adolescencia (que, por cierto, también utiliza Carballo en su libro). La infancia y adolescencia como experiencia definidora y fatalidad freudiana, generadora de estados psíquicos que troquelan el ánimo y la mente, el temperamento vital del escritor. La acertada insistencia en el tema por parte de los entrevistadores tiene resultados fructíferos. Tal es el caso, dramático, de Carmen Boullosa, cuya madre falleció cuando ella tenía 15 años. Este detalle sería un simple dato anecdótico si no fuera porque Boullosa confiesa que su inicio en la escritura está ligado a este suceso personal. Ella empieza a escribir a raíz de la muerte de su madre. En Boullosa, entonces, se establece desde el principio una relación entre escribir y el deseo de recuperar a la madre perdida, o para decirlo de otra manera, ella escribe —infructuosamente— para negar la muerte de su madre; pero es una infructuosidad productiva. Y así, cual nueva Scherezada, ese personaje de las Mil y una Noches que cada noche tenía que contar un relato para que el sultán no la matara, para posponer la muerte, la prolijidad narrativa de Boullosa parece derivar de esta urgencia íntima de alejar la llegada de la muerte, en este caso, de su madre.

Otro incidente iluminador lo revela Juan Villoro, quien recuerda que en su infancia visitó la cárcel de San Juan de Ulúa, en Veracruz, y cito:

me interesó —dice— por lo que tenía de antiguo y por el contacto que establecía con un tiempo que yo asociaba con la piratería. Sin embargo, ahí encontré la cárcel de Chucho el Roto, que es una de las celdas más pequeñas que se han construido, él apenas se podía mover, no se podía levantar, era como una especie de armario en donde estaba obligado a soportar el encierro en total inmovilidad. Me asombró muchísimo la capacidad de crueldad de quienes lo habían encerrado y que además esa crueldad representara la justicia. (225)

Juan Villoro descubrió en esa visita de infancia que la justicia puede ser, paradójicamente, una forma de barbarie. Ya adulto, en su conversación con Arenas y Olivares, su impugnación del mundo político mexicano pareciera nutrirse de ese distante momento de iluminación en su viaje a San Juan de Ulúa.

Otro núcleo organizativo en el libro es el tema de la crisis política del país. Dado que las entrevistas fueron hechas poco después del levantamiento zapatista en Chiapas, este tema es, en cierto sentido, inevitable. Hay divergencias notables en este punto, sobre todo en lo que se refiere a la valoración de la violencia en México. Un Gonzalo Celorio por un lado menciona, a manera de símbolo de la situación que vive el país, que en el descubrimiento del Templo Mayor, el único bajorrelieve monolítico que

sobrevivió fue el de la Coyoxtauhqui, “que representa la destrucción, como si lo único permanente en nosotros fuera nuestra vocación auto-destructiva.” (168) Otra es la visión de Carmen Boulosa.

No es cierto —dice— que seamos un país violento, somos un país extremadamente pasivo, cada vez que dicen que va a despertar otra vez México, el México violento, yo no sé de qué hablan, países violentos otros, México, no, hemos sido al revés, tenemos una tendencia a la paz y a la tranquilidad que a veces asusta. (217)

Dada esta riqueza de perspectivas encontradas llama la atención la unanimidad con que los escritores impugnan la hegemonía del PRI, y hacen un llamado, cada uno a su manera, a luchar por la democratización del país, convirtiéndose así en puntuales barómetros del malestar colectivo de la nación. Este es en realidad el único punto de convergencia entre las tres generaciones de escritores.

Las demás problemáticas abordadas en el libro, de las que sería demasiado prolijo hablar, se definen por las trayectorias particulares de cada autor. Así, la extraña enajenación que se produce entre el autor y su creación, una vez que ésta ha sido publicada en forma de libro; la búsqueda de un lenguaje literario propio; el círculo de amistades que conforman la red de soporte del escritor, especialmente en sus inicios; la relación entre literatura y política; el papel de la educación literaria en la creación; la función formativa de las revistas y suplementos culturales en el desarrollo profesional; la influencia siempre imprecisa de lecturas eclécticas, etc. Todos estos temas son discutidos, si no aclarados, en dilatadas exposiciones que, en el futuro, serán seguramente de consulta obligada para los estudiosos.

En lo personal, lo único que me queda por aclarar es el criterio selectivo utilizado para escoger a los autores entrevistados. No sé hasta qué punto fue un grupo cuidadosamente elegido o en qué medida intervino el azar en la selección. Quizá Rogelio Arenas pudiera despejar en su momento esta incógnita.

La relevancia de cualquier buena entrevista deriva del propósito esclarecedor que tiene para iluminar aspectos claves de la obra de un autor, para determinar sus influencias, manías y pasiones personales, para extraer datos biográficos que contribuyan a la comprensión de su personalidad literaria y su visión del mundo. La entrevista, bien llevada, contribuye así no sólo a un mejor entendimiento de la obra personal, sino de las convergencias narrativas generacionales, del diálogo y pugnas subterráneas que se da con otros autores y con la época misma, y, en este

sentido, aporta pistas para entender el andamiaje en el que se sustenta la historia de la cultura. Rogelio Arenas y Gabriela Trujillo, con erudición y rigor profesional, contribuyen con creces en *La voz a ti debida* a la realización de este cometido.

MAX PARRA  
Universidad de California, San Diego